



Contribución al Estudio de la Prehistoria Cordobesa

EL CASTILLO DE SIBULCO



ENTRE los numerosos itinerarios realizados en la provincia de Córdoba al objeto de la formación del plano geológico escala 1: 50.000, tarea en la que me ocupó, más que buscarlos se me ofrecen, pudiera decirse, una serie de interesantes vestigios de los hombres prehistóricos, que creo mi deber ir compilándolos en esta serie de notas.

La hoja N^o. 882 del Instituto Geográfico de España

La cuidadosa edición de las hojas del Instituto Geográfico de España, escala 1: 50.000, ha sido la razón que me determinó a aceptar esta misma proporción para el plano geológico provincial cordobés. No creo necesario insistir aquí en que para el detalle geológico la consideración de las alturas relativas es de un valor grande, y teniendo aquel plano geográfico altimetría, distando las curvas de nivel 20 metros unas de otras, es claro que los rasgos más característicos de la topografía, en cuyo diseño los materiales geológicos infrayacentes alcanzan una importancia verdaderamente fundamental, tienen un valor claro y definido para las representaciones.

En la extremidad SO. de la referida hoja geográfica se halla anotado el vértice geodésico de la Venta del Puerto, con una cota de 751 metros sobre el nivel del mar; a su pié, al NE., corre el arroyo del Valle, uno de cuyos afluentes, el más importante de los allá figurados, que baja del norte entre las lomas del Caballero y de la Higuera, aparece en la referida hoja con el nombre de Regajo de Sibusco.

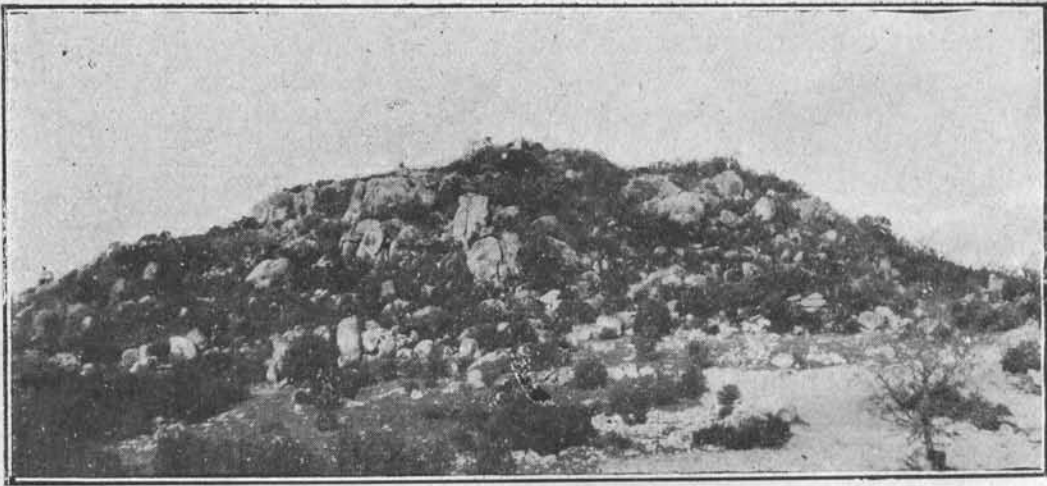
No me llamó la atención el nombre de tal depresión: ese y otros análogos son frecuentes en el país. Al efecto pudiera citar que, así como consideré tal designación fundada en «si busco», en Obejo, por ejemplo, se halla el regajo de «sal si puedes», en los Puntales; y aún como caso más

curioso citaré el del paraje del término de Santa Eufemia llamado «cerro del sitio donde se cayó el burro con las corchas», que con toda esa extensión figura en los planos de demarcación de la Jefatura de Minas de Córdoba y es conocido por los indígenas.

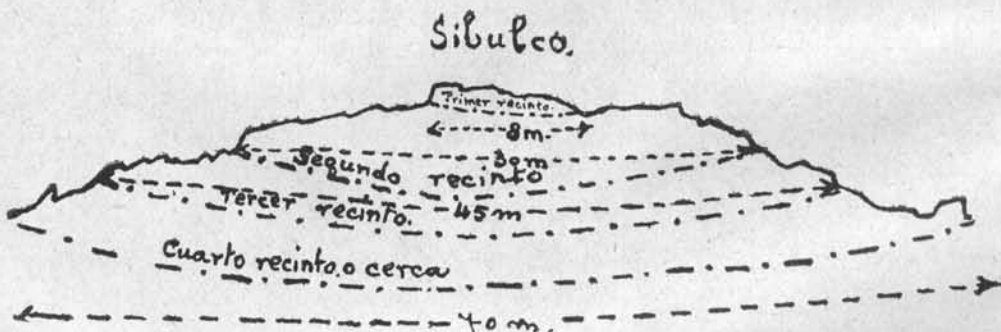
Un nombre conservado entre los naturales a través de los siglos.

Nuestra sorpresa fué grande al preguntar por aquel regajo de Sibusco y rectificarnos los naturales y buenos prácticos del lugar, llamándolo arroyo de Sibulco, nombre que nos dijeron derivado de una eminencia que bordea aquel barranco, que se conoce con la designación de *Castillo de Sibulco*.

Ese arcaico nombre, que por primera vez sonaba en nuestros oídos, ha traído consigo un torbellino de ideas.



El Castillo de Sibulco.



Las ciudades de Obulco y de Ipolcobulco.

De antiguo son conocidas las ciudades de Obulco y de Ipolcobulco. De esta no se conservan más antecedentes que los correspondientes a unas inscripciones halladas en Carcabuey, por lo que se cree que con esa población se corresponde su emplazamiento, quizá con la eminencia del cerro a cuyo pie aquella hoy se extiende.

Las noticias de Obulco son algo más explícitas; que también, si es que corresponde al actual emplazamiento de Porcuna, se elevaba dominando la Campiña andaluza en un eminente cerro, en gran parte cortado a tajos pétreos. Sábese que acuñó moneda, y que era ciudad o albergue prerromano. Distase 300 estadios de Córdoba, como asegura Estrabón, o sólo 14 millas como indica Plinio, se sabe que existió en el lugar de la actual Campiña, fuera o no Porcuna,

Sibulco.

Por esa serie y encadenamiento de circunstancias es por lo que desde un principio echamos a trabajar nuestro numen acerca de que podía representar esa nominación vetusta, que un día del verano de 1925 venia a nuestros oídos entre las fragosas abrupteces de la Sierra Morena, al pie de la penillanura de los Pedroches, donde los agentes de la geodionámica externa, los eficientes encargados de una gliptogénesis presente sobre el macizo ibérico, van labrando una fisonomía nueva en el terruño.

Era un tercer nombre, que por su analogía con los de Obulco e Ipolcobulco, venia a llamar nuestra atención acerca de un radical *bulco* al que enlazadas distintas partículas *O*, *Si*, e *Ipolco*., definía la formación del nombre de las tres ciudades, ciudadelas o castillos.

Una posible etimología.

Por lo que ahora se expondrá, veremos que también el llamado Castillo de Sibulco se halla emplazado en un lugar eminente, y ello nos lleva a creer que ese radical *bulco* quiere decir castillo o fortaleza, puesto que en realidad a lugares estratégicos del terreno siempre corresponden las denominaciones apuntadas, y a sitios, como se verá, donde no siempre han quedado claramente los restos de una población, como sucede en el caso del Castillo de Sibulco.

Entonces pudiera suceder que las partículas que completan el calificativo correspondieran a las poblaciones de donde esos castillos dependían, y a cuya custodia estaban por razones estratégicas, siendo *Si-bulco* el castillo de *Sisapo*, que se ha señalado como coincidente con la actual Almadén; como *Ipagro*, que se cree que es la actual Cabra, pudiera ser la ciudad que dió origen a *Ipabulco* o *Ipolcobulco*, Carcabuey, u otro castillo eminente situado en una altura que defendiera el territorio de aquella. Como *Obulco* pudo serlo el castillo de *Osigí*, acaso Mengíbar.

En la España romana tenemos antecedentes de la ciudad de Obulcalá, ciudad o ciudadela cuyo nombre acaso no se derive de Obucula, sino que correspondiendo probablemente al actual Castillo de la Moncloa o Monclova, que también se halla en una eminencia, pudieran hallarse relaciones análogas a las expresadas en lo anterior con las inmediatas poblaciones de Orson y Ostipi, la vieja Astapa y acaso Estepa. En este caso la partícula *calá* es sinónima de castillo o atalaya, lugar donde como es frecuente acaso precedentemente se halló una fortaleza *Obulca*, de donde derivó su nombre Obulcalá, castillo de Obulco; caso análogo al de río *Guadalquivir*.

Los límites de la Beturia y de la Turdetania.

Los Montes Marianos señalaron la división, el límite, de esos dos territorios; pero la rápida caída de la llanura manchega a la Campiña Andaluza, clara y concretamente definida en Despeñaperros, a medida que se avanza al Oeste se va diferenciando en un doble escalón: el determinado por las Sierras del Horcajo y de Fuencaliente y el determinado por la Sierra de Montoro y por la Sierra de Córdoba, entre los cuales queda una colosal huella representada por el Valle de los Pedroches.

Al extremo meridional de esa penillanura pedrocheña se halla el Castillo de Sibalco que ahora nos interesa, y él nos habla de una fortaleza que ya representó una defensa de la gente de la llanada o meseta de los Pedroches contra las invasiones del Sur, puesto que al mediodía faltan indicios de poblaciones cercanas hasta llegar a las orillas del Guadalquivir, que corre al Sur de Sibalco a unos treinta kilómetros. Ya pudo ser una ciudadela que defendiera a las gentes de la Turdetania contra los avances de los de la Beturia.

La erosión, fenómeno actuante.

Por esas condiciones topográficas la erosión originada por el río Guadalquivir se adentra hacia la Sierra, y más intensamente si cabe la de sus afluentes septentrionales, que tajan la masa del batolito granítico de los

Pedroches, avanzando en sus efectos, por lo tanto, hacia la cuenca del Guadiana, originándose fenómenos hidrográficos de captura, muy interesantes geológicamente.

Rápidamente descendió el nivel de base de estos rios serranos, y de aquí que las márgenes de esas corrientes aparezcan con fuertes pendientes, que en el caso del arroyo del Valle y del Castillo de Sibulco se observan claramente definidas, ya que para distancias de un kilómetro en horizontal se llegan a tener desniveles de 250 metros.

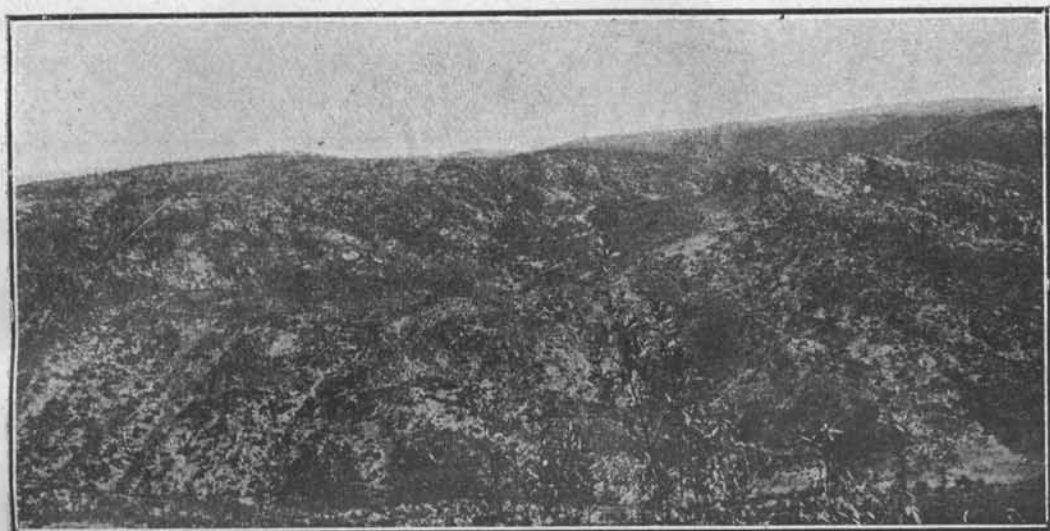
La cuenca del arroyo del Valle

Siempre, por aquellos lugares del contacto del granito de los Pedroches con las pizarras marginales, se definen conjuntos de recia constitución, a expensas de que la serie sedimentaria, en este caso meridional, ha experimentado una serie de fracturas y de rellenos de materiales endógenos silíceos y sumamente duros.

No es raro pues que al Sur de la mancha granítica de referencia aparezcan eminentes cerrillos, así definidos geológicamente, cuya altura no pasa, vistos desde el norte, de hacerles dignos de aquel calificativo. Pero desde el Sur, cual sucede en el caso de que avancemos por el olivar de Montoro hacia Villanueva de Córdoba, se muestran esas cumbres como accidentes de mayor importancia topográfica.

Entre ellos merece una mención especial el cerro de la Venta del Puerto, desde el cual caen abruptas y pendientes laderas al arroyo del Valle, que cubren el jaral y otros arbustos, que en su conjunto determinan el llamado monte bajo, aunque no es raro ver allí madroñeras que tengan cuatro metros de altura.

Por los derrubios de esa formación, y por los aportados al descomponerse la extensa mancha granítica, que ampliamente sigue al Norte, discurre ese arroyo del Valle, y a ese último rumbo se ven cerros redondeados en general, donde asoman sucesivos canchales de granito, que con frecuencia simulan ciclopeas construcciones, gracias a la serie de fisuras o diclasas, horizontales unas, verticales otras, orientadas estas en distintas direcciones, que hacen tomar a los elementos sueltos del conjunto endógeno formas prismáticas características, las cuales con el tiempo, por el desgaste erosivo, acaban por perder sus vivas aristas; superficies redondeadas reemplazan así a las esquinadas originales, y en lugar de los elementos de caras planas se observan otros de caras curvas.



Al N del Arroyo del Valle. El paisaje granítico.

El Castillo de Sibalco.

Perdido en las soledades serranas allá quedó durante los siglos de la historia, entre la actual Villanueva de Córdoba y Montoro, en uno de los parajes más solitarios de la Sierra Morena, donde el paso de las generaciones prehistóricas quedó cortado por el monte que cerraba el avance y por la erosión que actualmente cada vez ofrece más escarpado el paso del Valle del Guadalquivir al Valle de los Pedroches.

Desde el Norte a él llegaba la tierra explotada por los hombres, y gracias a ello pudo conservarse al menos el nombre de aquel montón de ruinas ciclopeas hasta nuestros días.

Entre el suelo arenoso de la Loma de la Higuera, al descender hacia el arroyo del Valle, cada vez aparecen mas típicos los pedregales y canchales graníticos, los productos de la activa erosión de la roca hipogénica fundamental de aquella extensa mancha geológica.

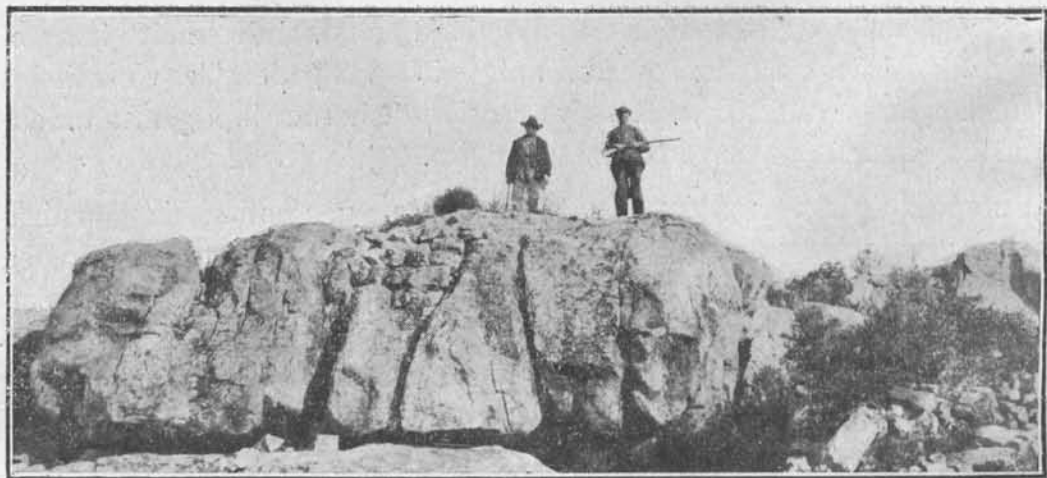
En una de esas agrupaciones, que determinan una eminencia llamativa, por las plataformas que se aperciben observando con cierto cuidado, se hallan las huellas precisas, el vestigio evidente, las ruinas que nos hablan de una fecha que se ha de remontar a los oscuros tiempos que preceden a nuestra historia. Como se sabe los restos arquitectónico de carácter ciclopeo se han supuesto pertenecientes allá a los siglos XX al XIV antes de nuestra era, aunque modernamente se les lleva ya á bien entrada la edad del hierro, ejemplares de cuyas construcciones son clásicos en España los de Tarragona, Ampurias y Sagunto.

De las construcciones conservadas particularmente merece anotarse la muralla del segundo recinto a la que se refieren las fotografías siguientes.



Sibulco. Muralla del 2.º Recinto zona parcial del Oeste.

Como sucede en los casos análogos conocidos, se aprovechan en todas las alineaciones de la construcción los elementos naturales del terreno; hasta el punto de desviarse a veces por esa causa de la alineación general. Tal aparece en las fotografías que se insertan a continuación, en alguna de las cuales se vé que en ciertos momentos el límite de los recintos amurallados, incluso la construcción defensiva, se halla determinada por las mismas rocas del terreno, completándose la obra de la naturaleza con paramentos elevados en aquellos lugares por donde el asalto y el acceso a los recintos era posible.



Sibulco. Muralla del 2.º recinto; zona Suroeste.



Sibulco Muralla del 2.º recinto. Zona del Sureste.

Estas murallas ciclópeas que nos interesan, están formadas por esa manpostería de grandes elementos, sin cemento ni mezcla alguna. Los grandes materiales, como se ve en diferentes lugares de las fotografías que se acompañan, se hallan a veces ripiados por otros menores; o la obra se determina a expensas de unos y de otros; ya para darle mayor solidez, bien para aprovechar mejor el conjunto de todos los materiales constructivos, que proceden de las rocas que afloran *in situ* y en las inmediaciones; granito que parte muy bien generalmente para la cantería, lo que facilitó y en parte fué la razón determinante de las formas rectangulares de las caras.

No se ha dejado de observar el declive de los paramentos, en ese segundo recinto, e igualmente la diferencia de la construcción entre los amurallamientos de los distintos recintos y de los transversales a ellos, que particularmente se observan entre el primero y el segundo recinto.

Los recintos tercero y cuarto en realidad son mas bien cercas defensivas que elementos amurallados propiamente dichos, y aunque los derrubios de las mismas y los lugares de los emplazamientos se hallan fuera de duda, aunque su traza se puede seguir perfectamente sobre el terreno, el estado de dichos restos nos inclina a aceptar esta interpretación; la anchura de tales muros incipientes, la falta de coordinación de los elementos que los integran, parece acorde en todo momento con la interpretación señalada.

Por el contrario, los amurallamientos del primero y del segundo recinto aparecen claros, y las fotografías que se adjuntan son la mejor demostración del detalle con el cual fueron elevados; y unido lo que vemos al lapso de tiempo transcurrido, demostración evidente de la firmeza de la construcción.

La anchura de esas murallas, por los elementos que aparecen en informe agrupación, en ciertos lugares puede asegurarse que pasó de ocho metros, como ocurre en la porción del Este del segundo recinto, si bien creemos que en parte ello es debido a la explanación, y que siempre aquella se relaciona con la base de sustentación, con la existencia o no de elementos firmes en la roca natural en aquellos lugares del emplazamiento.

Otros elementos de la construcción, ya los componentes del primer recinto, ya los que definen paredes transversales a las murallas propiamente dichas, generalmente normales a la dirección de las mismas, aparecen contruidos con elementos menores que los que constituyen la muralla del segundo recinto, a los que se une el arenazo o arena procedente de la erosión del granito, y acaso de las excavaciones que se hicieron en el lugar, hoy cegadas por el hundimiento de la construcción.

Parece ser como si hacia las partes altas de los recintos amurallados disminuyera sensiblemente la dimensión media de los elementos empleados en la obra, lo que se debe a la mayor facilidad para llevar a cabo aquella, a la menor necesidad de los gruesos y pesados elementos en la parte alta de la misma, y acaso también a periodos distintos de reconstrucción en aquellas fechas arcaicas.

Siempre, no obstante, el aprovechamiento de las rocas que afloran en el terreno aparece como fundamental en la construcción, la cual se extiende alrededor de la cúspide de un pequeño cerro, donde aflora un potente canchal de granito, cuyas diclasas en parte se arrumban al O. 45°. N., encima del cual hay una especie de sitial, toscamente labrado, como puesto del vigía de aquella tosca obra defensiva.

Alguna pequeña cueva natural se ve por bajo de la segunda muralla; de 3 X 2, 5 X 1,20 metros es la más importante de ellas; otras están medio cegadas. Puede que no tengan interés alguno desde el punto de vista que examinamos esta cuestión, mas alguna de ellas acaso represente el lugar de salida escusado, sobre todo hacia la parte donde corre el arroyo de Sibulco, la más escabrosa del terreno, la más pendiente, donde se confunden las alineaciones de los recintos, pierden estos importancia, están más demolidos, ya que allí la acción perseverante de los agentes de la geodinámica externa fué mucho mas intensa que en las otras laderas de la eminencia.

Entre los derrubios de los diferentes lugares hemos hallado algunos toscos elementos de barro, pero nada típico, concluyente y definitivo.

Allá perdido entre el arroyo del Valle, de solitarias y abruptas márgenes, y el camino arenoso de la Loma de la Higuera, se encuentra en los

matorrales serranos, en uno de los bravos parajes de la Sierra Morena, el arcaico castillo de Sibalco, de ciclopeos muros, que han persistido desafiando la inclemencia de los tiempos; resto venerable por sus años, bajo cuyas murallas y recintos derruidos acaso se ocultan claves de las incógnitas de que se halla plagado el albor de la historia de España.

A. CARBONELL T - F.

